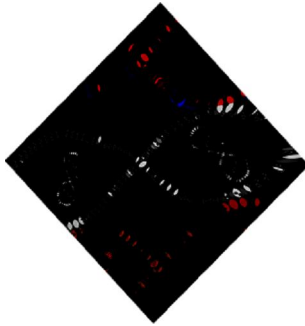


# Divididos por Cero

Arturo Maciá Morant



Me dais alas cuando mis pies están mermados de fuerzas.

Renováis mi ánimo cuando mis energías flaquean,

Me amáis infinito...

...como yo a vosotros.

$$Y/0 = \infty$$

Primera edición  
Julio 2014

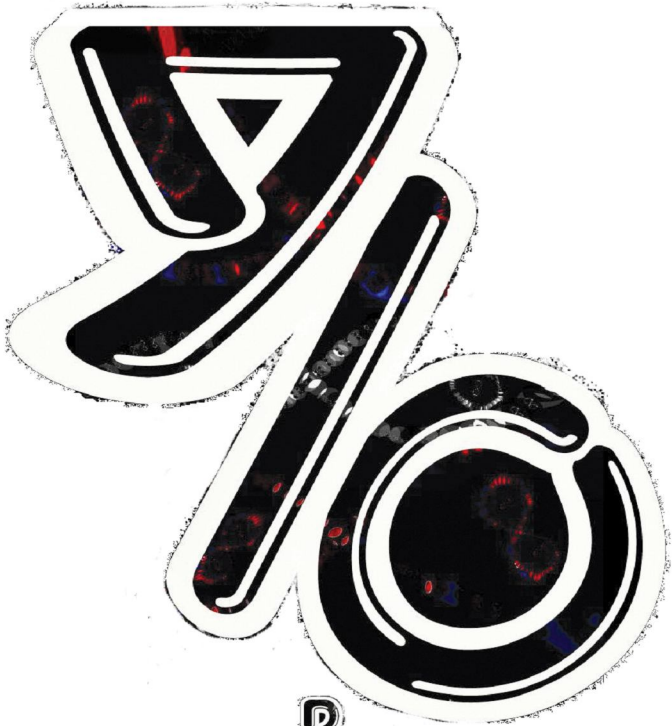
© Arturo Maciá Morant  
<https://arturomaciamorant.wordpress.com>  
[@88Infinito.com](mailto:@88Infinito.com)

© Neverland Ediciones (sólo para la edición impresa)  
Apartado de Correos número 13  
28300 Aranjuez (Madrid)  
918.011.031  
[neverland@neverlandediciones.com](mailto:neverland@neverlandediciones.com)  
[www.neverlandediciones.com](http://www.neverlandediciones.com)

ISBN: 978-84-942705-4-3  
Depósito Legal: M-20631-2014

Impresión: Reprográficas Malpe, S.A.

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»*



DIVIDIDOS  
POR  
CERO

ARTURO MACIÁ MORANT

Nuestras mentes no bastan para guardar el recuerdo de la historia que hemos vivido.

-Álex-

El olvido puede ser un enemigo más despiadado que el odio, la venganza e incluso la muerte.

-Evan-

Si la némesis de cualquier mensaje es su destrucción, el enemigo implacable de los recuerdos es el olvido. Por eso, cuanto más los compartamos, más difícil será que todos ellos sean erradicados.

-Minerva-

*Si la verdad encuentra un lugar en nuestros corazones, también lo hallará en nuestro recuerdo.*

-Casiopea-

El futuro de la especie humana es tan inevitable como sorprendente. ¿O quizás sí sea evitable? Malditas emociones.

-Ariadna-

# 1 – Conspiración (Minerva)

“Soy inmortal, pero me olvidaré pronto de ello”. Estas han sido las palabras del post-it que, esta noche de lunes 13 de Septiembre de 2010 en la estación de metro de Xátiva de Valencia, han desenterrado el único misterio sin resolver de toda mi carrera periodística hasta este momento.

Había abandonado hace bastante tiempo el hábito de escribir en mi diario electrónico, pero esta frase ha conseguido que vuelva a hacerlo desde esta misma noche.

*“Los Cadáveres Invisibles del Parque Güell” no vio la luz. Ese fue el artículo al que dediqué casi todo el mes de mayo de 2002. Nadie pudo demostrar con pruebas concluyentes la existencia de tales cadáveres, Ni siquiera yo que, aquel 8 de mayo, fui testigo casual en el escenario del presunto crimen.*

*Por aquel entonces trabajaba para la agencia Veritas. Había publicado con éxito mi primera decena de artículos de investigación. Mi editor era un apasionado de mi trabajo desde que leyó tan sólo el primero de los que redacté. Pero también era un flipado que tituló a mis columnas “Batallas Detectivescas”, acompañadas del sobrenombre “Capítulo 1”, “Capítulo 2”, “Capítulo 3”, etc. Aunque todavía agradezco tanto su confianza como la oportunidad que me dieron en Veritas, todo aquello me pareció demasiado pretencioso. Pero entonces yo era una novata que aún no dirigía su destino laboral como realmente deseaba. Sin embargo, mientras seguía aprendiendo y preparándome para mi salto hacia metas mayores, no dejé de disfrutar*

*de aquellas "Batallas"... hasta que llegó el "Capítulo 11" aquel mayo de 2002.*

*Todo empezó cuando disfrutaba de una pequeña escapada con Jorge, mi pareja de aquel entonces. Paseábamos por el Parque Güell, conversando sobre nuestras inquietudes y pretensiones futuras, cuando escuchamos aquel disparo. El suceso me había encontrado y no quise que fuera de otro modo: dejé que mi profesión tomara el control. Aunque estaba en el lado opuesto de donde provenía el disparo, muy cerca de la entrada más próxima a la parada de autobuses urbanos, no dudé en correr hacia el lugar de los hechos: la zona del paseo superior al Viaducto de la Bugadera. Jorge se quedó alucinado ante mi reacción: decidió no seguirme y llamar al 1-1-2 desde su móvil.*

*Mientras me aproximaba oyendo las sirenas de emergencia, veía a lo lejos dos cuerpos inertes en el suelo; y un poco más allá, a alguien vestido con ropas oscuras y con pasamontañas que forzaba a una niña pelirroja, de unos diez años, para que entrara en la parte trasera de una camioneta de mantenimiento y limpieza. Yo aún estaba a unos veinte metros mientras oía cómo ella lloraba desconsolada y gritaba llamando a su padre y pidiéndole ayuda. Antes de que entrara por completo en la furgoneta ella me vio y gritó en medio del forcejeo: "Es inmortal, pero se olvidará de que lo es otra vez, ayúdale". La voz con la que dijo esas últimas palabras me impactó. No era su misma voz: era otra voz, también femenina, pero más adulta y serena. Siempre he sido muy escéptica con lo esotérico, pero realmente parecía como si alguien la hubiera poseído y hubiera hablado a través de ella.*

*Yo ya estaba cerca, a unos diez metros, pero en un santiamén su secuestrador le tapó la boca, entró con ella en la parte trasera de la furgoneta y cerró las puertas. Cuando iba a sacar mi móvil para hacer una foto de la matrícula, alguien me abordó por detrás y me echó de un fuerte empujón al suelo, alejándome lateralmente de la furgoneta, hacia*

*su izquierda. Mi móvil salió despedido varios metros y se desmontó por el fuerte impacto contra el suelo.*

*Mi agresor me rebasó muy deprisa. Aunque renqueaba de su pierna izquierda, caminaba sorprendentemente veloz y muy decidido a alcanzar la furgoneta por la puerta del piloto. Finalmente, entró en ella y se marcharon a todo gas con su puerta aún sin cerrar.*

*Las sirenas de emergencia se oían cada vez más cerca. Me levanté lamentándome: ni pude ver bien su matrícula completa poco antes de fugarse, ni tampoco durante el secuestro en medio de aquel forcejeo. Me miré por si estaba herida: sangraba un poco por algún rasguño en las manos y los brazos, y también me dolía el brazo con el que me apoyé al caer.*

*Cuando mi adrenalina me dio un respiro y pude pensar con más claridad, recordé a aquellos dos cuerpos inertes y poco distanciados entre sí: un joven de unos 30 años, tumbado y rodeado de un charco de sangre; y otro individuo, también joven, boca abajo y con el cuello muy girado, como quebrado. Mientras me acercaba hacia el individuo que estaba boca abajo, el tatuaje de su antebrazo derecho llamó mi atención: tenía escrito en forma de espiral y con letras góticas "Arquímedes Griego de Simancas".*

*Antes de que pudiera agacharme para darle la vuelta, los Mossos d' Escuadra y la ambulancia llegaron a toda velocidad. Me ordenaron que me alejara de él. Acoronaron el lugar y tuve que identificarme y prestar declaración, tanto allí como en las dependencias policiales. Cuando acabé con la policía sobre las nueve y media, atendí a varios medios de comunicación apostados a mi salida. Por eso, regresé al hotel casi a las once de la noche. Jorge me esperaba enfadadísimo (pero eso ahora no importa ya).*

*Esa misma noche, antes de lanzarme a redactar una primera crónica del suceso, encendí la televisión en busca de algún canal con*

*alguna noticia o boletín informativo. Finalmente, puse el programa "Hora 25" en mi radio despertador. Esperé unos minutos, hasta que finalmente hablaron de la noticia.*

*Inexplicablemente, los periodistas radiofónicos confirmaban que las fuentes policiales oficiales habían cambiado esa misma noche su versión inicial de los hechos hasta en tres ocasiones. Primero afirmaban, en el informativo de las diez, que los periodistas habían sido informados de la existencia de cinco sujetos implicados por una testigo presencial: esa era yo. Dos de ellos se habían dado a la fuga con una niña secuestrada, otro había fallecido y el quinto tenía heridas de consideración a tenor de la sangre derramada sobre sí mismo y a su alrededor. Sin embargo, un par de minutos después, en ese mismo informativo de las diez añadían que, según fuentes policiales, había seis implicados. A los cinco sujetos iniciales, se le sumaba un sexto implicado: una mujer desaparecida y embarazada, a quien pertenecían los restos sanguíneos derramados sobre el quinto sujeto. Yo no la había visto... pero pensé que quizás también la habían encerrado en la furgoneta.*

*Finalmente, una hora después, las fuentes policiales y por ende los informativos cambiaron su versión de los hechos por tercera vez. Definitivamente concluyeron que sólo había dos únicos sujetos intervinientes: el sujeto superviviente y la presunta mujer desaparecida. Adujeron como razón del cambio "un lamentable error pericial y de juicio de una testigo presencial por el que transmitían sus más sinceras disculpas y su firme compromiso del esclarecimiento raudo y seguro de los hechos".*

*Pero yo sabía que la verdad había sido adulterada, aunque desconocía por qué causa ni con qué fin. Mi pareja se había dormido, cansado de esperarme, media hora antes. Yo tenía mi artículo ya redactado y enviado por e-mail hacia la medianoche. Y entonces, mi teléfono móvil sonó. Era Francesc, mi editor de Veritas, con quién*



*había hablado a las once menos diez de la noche: me había asegurado que estaba dispuesto a publicar mi artículo y a secar la tormenta de artículos falsos que otras agencias de información vertían. Pero, finalmente, se desdijo. Yo no daba crédito a lo que oía. Primero me soltó el rollo de que Veritas era una agencia seria y estaba en expansión; pero que, pese a su confianza en mí, yo todavía no era un “peso pesado”. Luego lo remató cuando me dijo haber recibido “ineludibles presiones” (así las llamó) desde el Ministerio del Interior, basadas en un informe del Centro Superior de Investigaciones Científicas, para que “no se vertieran calumnias alejadas de toda realidad impropias tanto de una periodista novicia como de una agencia de periodismo incipiente, cuyas credibilidades quedarían dañadas para siempre”.*

*Lo único que me quedó claro fue que un topo filtró el artículo a los grandes interesados en ocultar parte de los hechos. Y, por supuesto, que mi artículo debía quedar inédito y mi silencio comprado... como el de Veritas. Aunque no alcanzaba a saber por qué. ¿Qué se quería esconder?*

*El resto de la historia fue previsible, al menos para mí: no me vendí y quise encontrar al topo; pero antes de poder continuar con la investigación, la dirección de Veritas me puso entre la espada y la pared. O abandonaba la investigación o abandonaba Veritas. Elegí la segunda opción.*

*Tras ello, un mes de inactividad bastó para desesperarme al no recibir contestación alguna de mis candidaturas a otros medios y agencias. Y entonces llegó Max a mi vida profesional: un editor de la Agencia Global de Información que me dio mi segunda gran oportunidad. Según me dijo cuando me llamó a mi teléfono, “había seguido mis talentosos progresos desde mis inicios y por ello me quería en su equipo”. Max me dijo que no creía ni una palabra oficial de todo aquel asunto en el que me vi envuelta, pero me dijo que debía ser muy*

*prudente y, muy a su pesar, debía de alejarme temporalmente de aquella noticia como condición para darme el trabajo. Max me pareció razonable, honesto y sincero, y no quise dejar pasar aquella gran oportunidad.*

*Tras cumplir un año de duro trabajo alejada de aquel asunto, quisimos retomar aquel misterio. Pero la tormenta perfecta me alcanzó una semana después de reiniciar mi investigación. Primero llegó en forma de anónimos que amenazaban a mi familia y que por supuesto denuncié. Y después, con una citación judicial en la que se me juzgó y condenó por injuriar y calumniar a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad de Estado.*

*Pero Max no me abandonó: todo lo contrario. Gracias a sus contactos políticos y periodísticos, en primer lugar me salvó de aquel infame episodio; y luego me protegió con una recomendación blindada y me envió fuera del país por tiempo indefinido... hasta que la tormenta política cesara definitivamente. Y así fue como empecé una nueva etapa en mi carrera profesional dentro de la Agencia.*

*Fui corresponsal durante seis años: primero en Irak y luego en Londres. Pero hace tan sólo un año, decidí cambiar completamente de rumbo profesional y dedicarme a los informativos. Fue un cambio cuestionado por muchos de mis compañeros del medio, que no entendieron que, con mis aptitudes y trayectoria profesional, prefiriera un puesto de menor notoriedad y prestigio. Pero para mí era la respuesta a mis sensaciones: a un deseo, quizás temporal, de disfrutar de mayor tranquilidad y recogimiento. Quería mantenerme tan activa y profesional como siempre, pero alejada de la perpetua y elevadísima presión con la que había convivido desde mis inicios en la profesión. La constante persecución de la noticia más actual, controvertida y en muchas ocasiones peligrosa, los plazos de entrega asociados a ella y mi alta autoexigencia fueron, sin duda, los factores fundamentales de mi giro profesional. Aunque también fueron ingredientes añadidos al*

*cóctel, tanto la continua lejanía de mis seres queridos como la necesidad de sentir un hogar más mío. Cuando se lo comuniqué a Max, al principio se mostró muy contrariado con mi decisión: no quería dejarme escapar. No sólo era su fetiche, “su indomable y talentosa Lois Lane española”, también era su amiga. Sin embargo, como tantas otras veces había hecho durante su carrera, Max finalmente recapacitó: no sólo me liberó de cualquier cargo de conciencia sino que me dejó sus puertas abiertas para siempre.*

Toda aquella etapa dejó una huella imborrable en mí: aún sigo sintiendo debilidad por las noticias en las que se observa la lucha y la defensa de los valores humanos. La noticia de esta noche sobre los murales de post-it conmemorativos del Día Mundial del Alzheimer tenía que ser para mí; y además, cubierta desde la misma estación de metro.

Pero cuando finalicé la conexión en directo con el informativo y leí en aquella nota, “Soy inmortal, pero me olvidaré pronto de ello”, aquel frustrado capítulo de mi vida resucitó en mi interior para atormentarme de nuevo: mis recuerdos galopaban desbocados por mi mente a lomos de mis emociones.

La nota había caído al suelo, quizás por una ráfaga de viento de algún tren a su paso por la estación, quizás por falta de adhesivo, quizás por ambas, o quizás por ese recurso tan saturado que llamamos destino. De cualquier modo, me incliné para devolverlo al mural, y mi curiosidad me hizo leer aquella frase. Durante unos breves segundos, mi asombro era infinito:

—Será posible que... —pensé en voz alta.

Pero quise racionalizar y enseguida me repliqué algo exaltada:

—¡No, no y no...! ¡Es imposible que ahora...!

Me serené y sentencié:

—Dios, cuánta gente necesita ayuda... pero de otro tipo. Eso es lo que le pasa a este mundo.

Uno de los auxiliares de la exposición, un tipo atractivo de unos veintitantos, ni muy alto ni muy bajo, con una melena rubia y lacia y, sobre todo, con unos ojazos azules que quitaban el sentido, se me acercó y me dijo:

—¿Necesita ayuda, Srta. Gómez?

—No, gracias —le dije con una sonrisa—, es sólo que la gente nunca dejará de sorprenderme.

—¿Por qué dice eso?

—La nota que he recogido, léala.

El auxiliar la tomó, esbozó una tímida sonrisa tras leerla y comentó:

—Sí, ésta es la primera.

—¡¿Quiere decir que hay más en este tono?! —le pregunté con una curiosidad que se transformaba cada vez más en ansiedad.

—La nota que acaba de leer está fechada hoy. Mire al pie de la nota.

Me volvió a dar la nota señalándome la fecha y prosiguió:

—La recuerdo porque esta tarde una compañera me ha leído algunas de ellas, mientras matábamos el tiempo

esperando visitantes. No nos malinterprete, son bastantes horas aquí, ya sabe... Pero son muy conmovedoras la mayoría ¿me entiende, no?

—Estoy segura, pero dígame, ¿y la otra nota? Además, ¿cómo sabe que se trata de la misma persona?

—Acompáñeme y lo entenderá enseguida —me dijo el auxiliar con voz segura.

Nos acercamos al mismo panel donde estaba la primera nota, y tras devolverla a su lugar, en el lado izquierdo y a media altura del mural, el auxiliar me señaló otra nota casi simétrica en su posición respecto a la devuelta, justo al otro extremo. El tipo de letra era prácticamente idéntico, y su contenido no dejaba muchas dudas: “Aunque soy inmortal, padezco y siento como cualquiera. La enfermedad del olvido está en mí y quizás también su solución”.

En ese instante fue cuando la ansiedad empezó a apoderarse de mí. Ciertamente, sólo tenía veinticuatro años cuando viví aquella conspiración... pero nunca olvidé del todo aquella traición. Pese a todo, quise pensar que quizás era demasiado arriesgado dar credibilidad tan pronto a algo así. Pero en mi interior yo sabía que la cuenta atrás ya había empezado. Aunque no quisiera ilusionarme, ante mí se había abierto una posible conexión con aquel pasado: una que además había quedado desapercibida para todos. Era algo que podía ser auténtico y que no iba a dejar escapar otra vez. Me lo debía a mí misma... pero aún se lo debía más a todo aquel que minó mi vida entonces. Y si al final no era más que una falacia de algún perturbado, o una broma de muy mal gusto, pues... mala suerte.

Tras esa fugaz reflexión, mis primeras palabras fueron:

—¿Ha visto la fecha de esta nota? No es la misma que la de la primera que me ha enseñado. Es del año pasado.

—Eso es imposible, indicó el auxiliar. Este acontecimiento es el primero que se celebra en la ciudad. Este panel lo montamos ayer mismo, y las notas han ido añadiéndose a lo largo del día de hoy por los visitantes.

—Esta última nota está redactada recientemente. Fíjese en el color de la tinta y en la textura del papel. No están nada desgastados. Indudablemente, la tinta estaría mucho más aclarada si la nota hubiera sido escrita hace tanto tiempo. El bolígrafo será una pieza de museo en el futuro, pero todavía tomo notas en cualquier papel. Algunas de ellas las guardo incluso varios meses pegadas en libretas y archivadores. Sé de lo que hablo. Ésta fue escrita recientemente: tiene unos días... como mucho.

—¿Y eso qué significa? —me preguntó intrigado el auxiliar.

—Eso es exactamente lo que voy a averiguar a partir de esta misma noche.

## 2 – Conjunción (Álex)

Barcelona, lunes 13 de septiembre de 2010. Eran poco más de las siete de la tarde y volvía a tener la misma sensación que tuve la semana anterior: de lunes a viernes me sentía observado por alguien. Siempre ocurría sobre la misma hora. Siempre en los mismos lugares: cuando regresaba del trabajo y me encontraba ya cerca de mi casa.

Aquella tarde no fue diferente a las otras. Salí del metro en la parada de la Plaza de Cataluña y tras subir a la superficie, por la salida que daba acceso a la Ronda de la Universidad, proseguí mi camino ascendiendo por la Rambla de Cataluña.

Eran demasiados días ocurriéndome. Aquella sensación no dejaba de inquietarme. Por eso, nada más cruzar la Ronda de la Universidad, me detuve en la acera y me giré bruscamente para mirar tras de mí. Pero no acerté a ver nada que llamara mi atención: sólo un gentío de residentes y turistas que deambulaban por las inmediaciones en todas direcciones. Alguno de ellos estuvo a punto de toparse conmigo por mi inesperada reacción. No me importó. Seguí mirando minuciosamente hacia lo lejos de la Plaza y miré mi reloj algo nervioso: eran las siete y once.

Me quedé allí parado unos pocos segundos más con la mirada perdida. Mientras la gente me esquivaba para dirigirse a sus destinos sin prestarme mayor atención, yo seguía pensativo. Hacía bastante tiempo que había perdido la cuenta de los días que regresaba demasiado agotado de mi trabajo. Como siempre, mi jornada había empezado nueve horas antes en los laboratorios del

Hospital de Bellvitge. Pero desde hacía varias semanas, mi cabeza era como el vórtice de un tornado inmóvil: siempre girando y girando, pero sin avanzar ni encontrar una respuesta definitiva que solucionara mi investigación. Pensaba en los millones de vidas que cambiarían si lo consiguiera, pero también recordaba como mi familia había sufrido en el pasado por esta cruel enfermedad. Una que era capaz no sólo de conseguir el olvido de los seres más queridos, sino también de borrar la voluntad sobre las funciones fisiológicas más primarias de todo ser humano, privándole así de una merecida dignidad durante el resto de su vida.

Se había levantado una suave y fresca brisa. Quizás no tendría nada de especial para los demás pero sí para mí porque, sobre esas fechas desde bien niño, esa brisa me recordaba que el verano empezaba a difuminarse lentamente.

Finalmente, dejé de perderme en mis pensamientos y continué mi camino. Iba ascendiendo por la acera izquierda de la Rambla de Cataluña mientras observaba aquel paisaje único: el pico Tibidabo y su majestuoso Templo Expiatorio del Sagrado Corazón erigido sobre su cumbre.

No me resultaba fácil desconectar de mis preocupaciones últimamente. Quizá fue por eso por lo que vino a mi memoria un capítulo traumático de mi vida: desde el año 2002 y durante los cinco largos años siguientes, mi vida había sido convulsa y cuestionada tanto policial como judicialmente. Pero, después de todo, nunca llegué a saber con exactitud qué es lo que me llevó a ese extremo. Por eso, en aquellos instantes, me recordé a mí mismo que aquel pasado había quedado muy lejos de mí: no necesitaba ninguna complicación que fuera más allá de las de cualquier otro urbanita legal y anodino. Por todo ello, decidí no darle ninguna importancia a aquellas sensaciones: preferí pensar que eran fruto del cansancio mental que había acumulado por mi trabajo. Sin



embargo, fue entonces cuando una oleada de duros recuerdos se apoderó de mí:

*El 8 de Mayo del año 2002, cuando tenía treinta y dos años casi recién cumplidos, me hallaron al crepúsculo profundamente amnésico e indocumentado junto a un considerable charco de sangre que no me pertenecía, tirado en uno de los paseos del Parque Güell. Durante mi estancia en el Hospital Clínic, aquel interminable mes de mayo, fui cosido a pruebas médicas. Ninguna concluyó nada más allá de la obviedad: amnesia por posible shock traumático de causa desconocida; y un enrojecimiento localizado en la zona derecha del cuello también de origen desconocido, similar a una picadura de insecto, que desapareció en menos de una hora. Los tres primeros días de hospitalización fueron un calvario interminable para mí. No recordaba nada de mi vida anterior: ni siquiera sabía quién era. En medio de aquella terrible soledad e impotencia, las investigaciones policiales consiguieron revelar bastantes aspectos sobre mi identidad y mi pasado, antes de que mi mente se recuperara casi por completo tras tres semanas de asombrosa evolución. Pese a todo, todavía poseía importantes lagunas que afectaban a la última década de mi vida y que, gracias a la labor policial, conocí.*

*En la copia de aquel primer documento, un borrador informal que la policía me leyó y luego me dio, se afirmaba:*

*"Alejandro Vega Castellar, hijo único de padres residentes en Elche, Joaquín Vega Blanes y Elvira Castellar Valero, ambos fallecidos en accidente de tráfico hace dos años. Alejandro es Licenciado desde el año 1993 en Bioquímica en la Universidad Autónoma de Barcelona con Matrícula de*

Honor, y residió en Barcelona durante el año posterior a su graduación, donde obtuvo un par de trabajos temporales como Auxiliar Farmacia y de Laboratorio. Los pocos que lo conocían, tanto de la universidad como del trabajo, decían que era muy aplicado, pero también muy discreto y reservado con su vida privada. A él le gustaba que le llamaran Álex, como le llamaban sus padres desde niño. Ninguna de sus escasas amistades universitarias puede confirmar si mantuvo relaciones sentimentales estables durante sus estudios, aunque creen que no. Todos perdieron el contacto con él al terminar la carrera.

Alguna vez, durante el año 1994 algunos compañeros de trabajo lo vieron fugazmente paseando por la ciudad con su pareja y con su hija adoptiva, que por aquel entonces tenía dos años de edad. Su pareja, Ayami, era una chica de veinte años muy guapa, de complexión normal, estatura media-baja, con rasgos orientales (posiblemente japonesa) y de cabello corto, moreno y con mechas pelirrojas. El nombre de su hija adoptiva también parecía oriental: Ari. Ayami no mantuvo contactos o amistades regulares con nadie. Pocos trataron con ella en alguna ocasión y ninguno sabía con exactitud cuál era su procedencia ni su pasado: sólo coinciden en que, según ella, "adquirió estudios de Bio-Robótica Avanzada en su país". Pese a ello, no se le conoció

*experiencia profesional durante todo el tiempo que estuvieron unidos. Ella siempre les decía que "había encontrado El Paraíso junto a Álex y que sus orígenes eran demasiado sórdidos para ser recordados". En esa faceta de sus vidas, ambos eran tal para cual: muy reservados.*

*A partir de 1995 vivieron en Leverkusen (Alemania), donde Alejandro trabajó para la farmacéutica Bayer hasta el año pasado: regresaron en 2001 a Barcelona, donde Alejandro siguió trabajando en otra sede de Bayer, la de San Joan Despí. Pero sólo un año más tarde, a principios del presente 2002, fue seleccionado para trabajar en el Área de Investigación de Bioquímica del Hospital de Bellvitge, donde actualmente proseguía.*

*Su mujer y su hija adoptiva, que ahora tendrían veintiocho y diez años respectivamente han desaparecido sin dejar rastro. Nadie las ha visto desde que Alejandro tuvo el episodio de amnesia y fue hallado el 08/05/2002 a las 19:57 horas al lado de importantes restos sanguíneos humanos, en uno de los paseos del Parque Güell. Las muestras no coinciden con las de nadie registrado, pero se sabe que pertenecen a una única persona: una mujer embarazada. Tampoco se han hallado restos sanguíneos en su domicilio ni coincidencias en el ADN de la presunta víctima al compararlos con algunas muestras halladas en*

los lugares en los que él trabajó en Barcelona.

Finalmente, el resto de los parientes cercanos en vida de Alejandro son: su tía materna, actualmente viuda, y su hija. Ambas residen en Argentina hace ya más de una década, pero no mantenían ningún contacto desde su partida, a raíz de antiguas desavenencias familiares con los padres de Alejandro".

*Aquellas parrafadas me dejaron hundido: tenía una familia propia que había desaparecido tan inexplicablemente como mi memoria de ella; y además supe, como si fuera la primera vez, que mis padres habían fallecido trágicamente. Sin embargo, con la perspectiva que me ha dado el tiempo vivido tras aquel drama puedo decir que, al menos, aquellas palabras fueron lo más relevante y acertado que se escribió sobre mí durante mucho tiempo después. A un interminable año de visitas e interrogatorios policiales infructuosos, se le sumó el acoso mediático que las investigaciones, los reportajes y las noticias derramaron sobre mí en todo tipo de medios de comunicación.*

*Muchos policías y periodistas perseveraron en encontrar algún indicio que me culpabilizara. Incluso se especuló en algunos medios con mi entrada en prisión preventiva. El tiempo parecía detenido en mi desgracia... aunque siempre es inexorable en su devenir. Finalmente, la ausencia de registros y de familiares de Ayami, tanto en su presunto país de origen como en otros de culturas colindantes, fueron determinantes e impidieron que el proceso penitenciario llegara hasta ese extremo. Tampoco se tenía constancia veraz de testigos, ni de cuerpos ni de cadáveres que*

*probaran la existencia de un delito homicida o criminal. Además, la aptitud de mis informes médicos y psicológicos, y mis declaraciones siempre consistentes, jugaron en mi favor.*

*Pero, después de todo, lo más penoso para mí no fue el arduo proceso legal al que fui sometido; ni siquiera la incertidumbre que vertió todo este dramático asunto sobre mi honorabilidad. Lo más lamentable fue que, cuando el caso acabó cerrado por ausencia de cualquier tipo de pruebas tras el pertinente periodo legal, yo seguía sin recordar nada ni de mi pareja ni de mi hija. Nunca regresaron ante mí, ni nunca se las encontré. Es más, al inicio de mi relato, cuando os contaba que iba de regreso a mi hogar la tarde del 13 de septiembre de 2010, mi mente aún seguía sin recordar nada de todo aquello.*

*Ocho años atrás quise desaparecer tan radicalmente como ellas e intenté suicidarme con una sobredosis de antidepresivos. Pero los médicos me dieron una segunda oportunidad y luché para regresar a la vida. Sólo me importaba vivir mi presente, sólo quería sentirme vivo de nuevo. Por eso, busqué fuerzas hasta debajo de las piedras y valoré cualquier pequeño momento que se presentara ante a mí a diario: desde la sonrisa de una joven al ver llegar a su chico, hasta las caricias de un perro cariñoso que se acercaba a saludarme pese a los esfuerzos de su dueño para contenerlo. Casi todo sumaba en mi fortaleza si yo era capaz de conservar mi filosofía y mi tesón. Pero no vencí en solitario...*

*Casiopea, mi enfermera inglesa y bilingüe del Hospital Clínic, cuidó de mí a la perfección. Tanto fue así, que me enamoré perdidamente de ella, de las pecas de sus mejillas y de sus rizos pelirrojos; y tras varias tentativas, conseguí que nos viéramos fuera de allí. Al final, después de un año inolvidable, en el que compartimos bastantes citas e incluso algún pequeño viaje, me*

*dejó conquistarla. Bueno eso quiso creer mi ego... porque fue ella quien me pidió matrimonio y yo quién acepté encantado.*

*Por otro lado, conté con el sincero apoyo de la Dirección del Hospital Bellvitge, que se encomendó a los informes y recomendaciones que emitió, tanto de mí como de mi trabajo, la renovada Dirección de Recursos Humanos del Hospital. Pese a que llevaba tan sólo seis meses trabajando cuando ocurrió aquella desgracia, y aunque tardé un año en volver, ambas ejecutaron de modo ejemplar la presunción de inocencia. Tras tanta desgracia y en un mundo tan materialista, me pareció increíble que me ocurriera algo tan bueno. Pero era cierto... y acepté la oportunidad muy agradecido.*

Como os decía al inicio de mi relato, de allí volvía. Y tras aquella avalancha de recuerdos deseaba, cada vez más, llegar pronto al refugio del hogar. Aceleré el paso.

Pero aquella tarde mi mente seguía inquieta. Mientras proseguía ascendiendo por la Rambla de Cataluña también reflexionaba sobre mis problemas en el trabajo. Cada día más, notaba el agotamiento en mí y me sentía culpable, porque estaba permitiendo que el trabajo lo provocara en mí más allá de lo saludable. Aunque siempre había sabido diferenciar mi vida profesional de la personal y las había mantenido en sano equilibrio, hacía un par de meses que eso había empezado a cambiar. Sin embargo, con mi familia me esforzaba para no mostrarme demasiado cansado ni apesadumbrado: no quería que tuvieran que pagar por mis problemas laborales. Pero mi autoexigencia me consumía demasiado: nunca había tenido la oportunidad directa de investigar la enfermedad de Alzheimer, de evitar que las personas atrapadas por la enfermedad sufrieran el mismo destino que mi abuela.

Era más que un reto para mí: mi determinación crecía a diario alimentada por mis emociones. De vez en cuando, intentaba recordarme que mis valores y mi tesón debían estar en perfecto equilibrio con mi organismo. Sabía que querer es poder, pero también que la potencia mal administrada no conducía a buen destino. Pero estaba demasiado presionado y dividido entre dos frentes: ni quería que mi actitud me condujera a enfermar, ni tampoco quería que mi proyecto de investigación quedara aplazado por la ausencia de resultados o de financiación. En este mundo demasiadas investigaciones acaban aplazadas o canceladas, sumergidas en el vasto océano del tiempo, fundamentalmente por razones de rentabilidad económica. Todo esto era algo que me inquietaba profundamente.

Sin duda, fue un error impropio de un investigador con mi experiencia dejar que la ansiedad por obtener resultados cobrara tanto protagonismo. Afortunadamente, Arquímedes, para mí el gran protagonista de esta historia, me hizo abrir los ojos y volver a la senda correcta. Pero en absoluto fue un camino sembrado de pétalos de rosas. Todo tuvo su precio: no podía ni imaginar lo convulsa que iba a convertirse mi vida, de nuevo, en menos de veinticuatro horas.

Ya estaba a pocos metros de casa, en la parte más alta de la Rambla de Cataluña, cuando por fin mi mente me concedió una tregua. No veía la hora de ver a Casiopea e Hiro, mi mujer y mi hijo de siete años, mis mayores puntos de anclaje a la realidad de un mundo que podía ser tan feliz y maravilloso como cruel e injusto. No había más que echar un vistazo a los informativos de las nueve cada noche para darse cuenta de ello. O simplemente a mi mismo alrededor, en las calles de la metrópolis cosmopolita, cuyas gentes, arte y arquitectura habían cautivado mi corazón desde el primer momento que la pisé en 1988. Entonces tenía

dieciocho años e infinitas ganas de comerme la Licenciatura... y luego el mundo.

Casi había llegado a la puerta de nuestra casa, cuando pensé lo idiota que estaba siendo agobiándome con tantas preocupaciones. Pese a todo, también era un privilegiado por razones obvias: tenía una familia, un hogar y un trabajo geniales. Antes de entrar me detuve y me giré para dejar que todos mis sentidos disfrutaran de la rambla: de las vistas de mi hogar. Y entonces, fue cuando la vi por primera vez. Era una joven de no más de veinte años, quizás diecinueve, vestida con ropas urbanas anchas: unos pantalones de color marrón algo más ceñidos de cintura y algo más anchos de pierna, y una sudadera muy fina de color negra, con una capucha que sólo me dejaba ver el rostro que sus rizos pelirrojos no le cubrían. Mi encuentro fue fugaz. La vi a unos diez metros de mí cuando me giré. Pero, como si no quisiera ser vista, se paró bruscamente y cruzó la calle corriendo a toda velocidad.

¿Qué podía pensar en aquel momento? La idea de que alguien me seguía los últimos días empezaba a cobrar sentido. Pero, ¿qué podía querer aquella joven de mí? No me parecía peligrosa a simple vista. Después de tanto tiempo, durante el que había probado diferentes tratamientos médicos y terapias psicológicas, ya había asumido mi vida tal y como la conocía. Pero este asunto me hizo volver a pensar que todavía tenía un pasado desconocido. Y especulé... ¿Y si realmente ella tenía algo que ver con aquel pasado? ¿Podría ser mi hija desaparecida? Noté como mis pulsaciones aumentaban y me serené como pude: quise racionalizar los hechos. Realmente, aún no había nada objetivo en aquel hecho, nada que pudiera indicarme que aquella joven tenía algo que ver con mi pasado, ni por supuesto que fuera mi hija. Ya había desaparecido de mi vista, y no sabía hacia dónde echar a buscarla tras la esquina por la que giró. Si de verdad necesitaba



algo de mí, ella volvería a buscarme de nuevo, pensé. Así que intenté alejarme de más paranoias y entré al edificio, dispuesto a abrazar y besar a los míos.

Tras nuestra puerta me esperaba Hiro, que me había oído saludar al vecino en el rellano, y nada más verme me dijo en voz alta a mis espaldas:

—¡Si no te asustas no te quiero! —rompiendo a reír cuando me giré a perseguirle con las manos rígidas al frente, como el Frankenstein de las antiguas películas en blanco y negro.

—¡Mi venganza será terriiiiiibleeee! —le decía yo, sin poder contener la risa.

En el baño estaba Casiopea, mi escultural pelirroja, tan guapa que curaba todos mis males con sólo una sonrisa, aunque el beso que luego me dio también aceleraba la cura... y mi corazón.

—Salgo enseguida —me decía con una voz tan cálida que esperaba horas si fuera necesario—, vamos, vamos, mientras tanto, tráete tus cosas para después de mi ducha —añadió.

—¿Después? ¡Qué pena! —le dije con una sonrisa pícaro.

—Vamos, luego habrá más tiempo para eso. Todavía eres un auténtico Johnny Storm a tus cuarenta: rubio con ojos azules, guapo y... ¡tio buenorro! No te basta con parecerte físicamente a él cuando estás apagado... También te enciendes... ¡Jajaja!

Salí como nuevo de la ducha y ya era hora de cenar. Veíamos el informativo nacional mientras cenábamos, algo a veces complicado porque Hiro siempre nos preguntaba cosas que no entendía. Aún así, nos esforzábamos en explicárselas con mucho gusto: ese era el precio si queríamos intentar que fuera el día de mañana una persona formada y responsable. Pero tampoco había

que excederse. Era un niño como cualquier otro: necesitaba jugar y relacionarse dentro de su universo infantil.

Esa noche una noticia llamó mucho nuestra atención, especialmente la mía. La conexión en directo era desde la estación de metro de la calle Xátiva de Valencia. Con motivo de la conmemoración del Día Mundial del Alzheimer, una iniciativa maravillosa de una asociación valenciana de familiares de afectados por la enfermedad, había conseguido que cientos de personas se acercaran a varias estaciones de la red de metro de la ciudad. Allí, entre diferentes vallas publicitarias solidariamente cedidas y algunos extensos murales, los asistentes dejaban colgadas pequeñas notas en las que apuntaban una idea, un pensamiento, un recuerdo... algo que cada uno nunca querría olvidar. El gesto humanitario se prolongaría durante los siguientes días. Así, se rendiría tributo tanto a todos aquellos que ya no pueden recordar, como a todos aquellos que luchamos para erradicar la enfermedad.

Casiopea me dijo que había visto la misma noticia en el telediario de la tres de la tarde y que se había acordado mucho de mí: sabía cómo hacerme sentir especial.

Pasadas las once Casiopea seguía viendo la televisión en el sofá, pero yo estaba rendido. Me fui al dormitorio y de camino sonó el portero automático con insistencia. Hiro ya estaba dormido. Si no dejaban de llamar acabarían por despertarlo:

—¿Quién es?! ¿Quién es?!

Nadie me respondió, pero se oía una respiración algo agitada.

—¿Oiga?! ¿Oiga?! —insistí.

— Álex, ¿Quién es?

—No lo sé, Casiopea. Oigo a alguien respirar pero no me contesta.

—Voy yo. Déjame a mí... Escúchame bien: o te piras o llamo a la policía ahora mismo... ¿Ves? Ha echado a correr.

### 3 – Arquímedes (Minerva)

Le quedaban sólo 3 minutos de vida al lunes 13 de Septiembre de 2010 y aún estaba despierta, sentada sobre mi cama. Pero ya tenía mi plan trazado... y empecé a ejecutarlo.

Cogí mi smartphone y llamé a Max para anunciarle mi vuelta. Así, sin más. Ni le pedí permiso ni le pregunté si era un buen momento. Sabía que no lo necesitaba. Mi reputación me precedía. Si cedía negociando era porque obtenía lo que realmente me había propuesto. Pero ante todo contaba con las últimas palabras de Max antes de marcharme: "Eres una gran profesional y mejor persona en la que confiar. Si realmente ha habido una noticia que mereciera tal apelativo siempre la descubriste. No sé cuándo habrá más en tu futuro, pero sí estoy seguro de que las habrá. Y quiero la exclusiva para la agencia que te permitió dar el gran salto a la primera división del periodismo".

Por el momento, me había quedado con las dos notas por si su grafología podía serme de ayuda. Para hacerme con ellas en la estación me bastó con acercarme a mis dos compañeros de equipo y guiñarles mi ojo izquierdo fugazmente: me brindaron la distracción necesaria mientras desmontaban el equipo y hablaban con el personal auxiliar. Yo, mientras, leía otras notas cercanas y apoyaba mis dedos sobre ellas a modo de puntero. El prestigio de mis manos, adiestradas por Javi, un antiguo novio del instituto, hizo el resto.

Allí sentada miraba las dos notas con detenimiento una y otra vez. Intenté despejar la incógnita del autor recurriendo al tacto y al viejo truco de sombrear con un lápiz las notas. Me emocioné cuando empezó a aparecer una palabra en la primera. “Búscame”: esa era la palabra que encontré en la nota. “Sálvame” fue la que apareció en la otra. No me gustaba: era demasiado previsible. Alguien quería que fuera así de fácil por alguna razón. Tendría que llevar mucho más cuidado del previsto. Aunque de algo estaba segura: no era la primera vez que me había enfrentado al peligro por una noticia.

Pero ya era hora de descansar. Apagué la luz de mi cómoda. La luna iluminaba mi habitación con un comfortable resplandor. Cerré mis ojos verdes deseando que el martes llegara pronto y que fuera generoso en mi investigación. De ese modo, podría seguir con mi diario de noche: con él construiría el auténtico capítulo 11 de mis “Batallas Detectivescas”.

A la mañana siguiente me di una ducha tan rápida como fría, me vestí y desayuné a toda prisa un café con galletas. Antes de salir de casa en dirección hacia la estación de metro de la calle Xátiva, llamé a mis contactos para que me consiguieran acceso a los vídeos de seguridad del evento del día anterior. No hubo problema. Después, mientras iba andando por la calle Colón, llamé al trabajo y les dije que me iba de excedencia. Leo, el responsable de recursos humanos, alucinaba conmigo. Pero sabía que ese día podía llegar en cualquier momento: ya se lo advertí mi primer día de trabajo.

Cuando llegué a la central de seguridad de la estación, el técnico de seguridad que me atendió me dijo que había habido un imprevisto. Por “un error del software” las cámaras de seguridad sólo grabaron hasta que finalicé la noticia que cubría y despedí la conexión. Me mostré muy molesta nada más

recibir la noticia, pero le resté importancia enseguida, ya que estuve prácticamente desde ese instante observando cada detalle de la estación. Además, el que escribió aquellas notas debería aparecer antes del corte.

Y así fue. Cuando creía que no iba a aparecer nunca nada significativo, después de más de tres horas de reproducción combinada a varias velocidades, mis ojos recibieron su recompensa.

—¡Alto!, ¡páralo ahí! —le dije al técnico de seguridad—. No, un poco más atrás. Sí ahí está, gracias.

Era un varón cabizbajo que aparentaba unos veintitantos, caucásico, lucía cabello con media melena, moreno, con cierta complexión atlética, y alto (poco más de 1'80 metros). El ángulo de la cámara, su cabello y su tez cabizbaja no dejaban ver con demasiada claridad su rostro. Llevaba pantalones vaqueros gastados, y una camiseta negra de manga corta con las palabras en inglés "Loose electricity".

—Está muy bueno y además tiene buen gusto musical —dijo el técnico sonriendo con cierta picaresca—, pero ¿qué tiene de especial aparte de estar para...? —Y está vez se sonrojó algo más—. Quiero decir... bueno, ya me entiende, ¿no?

—Le daré tu número de teléfono cuando le vea —sonreí. Mientras el técnico no perdía tiempo en anotármelo le dije que se fijara mejor.

—¿En qué? —me respondió desconcertado.

—En su antebrazo derecho hay un tatuaje. Páusalo ya y haz zoom para que se vea mejor. ¿Puedes o también se ha averiado el software? —dije con impaciencia.

—Vaaale... ¡ya está, ahí lo tienes!

—¡Es él! ¡Son letras góticas y en forma de espiral! Por el ángulo y la luz no se ve completo... pero la mayoría de las letras sí se pueden ver. ¡Un tatuaje así y con ese nombre no lo lleva cualquiera! ¡Estoy segura de que es él!

—¿De qué es quién? —el técnico estaba intrigado.

—Arquímedes Griego de Simancas —le respondí.

—¡¿Quién?!

—Es una historia muy larga. Léete mi crónica y lo sabrás. Dale al play otra vez, venga. A ver... ahora está dejando una nota en ese panel de ahí, páusalo ya.

—Hecho.

—Ya, pero el ángulo que tenemos tampoco deja ver su contenido... mierda.

—Tú sabrás qué significa todo esto, porque yo...

—¡Espera! Aún tiene que irse, continúa reproduciendo a ver si puedo ver su rostro mejor...

Transcurrieron sólo cuatro segundos después. Él se marchaba ya, pero se giró y alzó su rostro apenado mirando el panel. Me di cuenta en el mosaico del monitor de vigilancia que la cámara opuesta lo grabó frontalmente y exclamé:

—¡Ahí está! ¡Pausa! ¡Hazle más zoom a su rostro, quiero un primer plano!

—¡Voy, ya voy! ¡Tranquila! ¡Ya está! Mira: el color de sus ojos es marrón miel... ya podían ser verdes.

Pasé de su comentario y grité emocionada:

—¡Tiene que ser él! ¡Y ahora por fin lo tengo! ¡"El cadáver invisible" que nunca existió! ¡Necesito una copia de todo este fragmento!

—¿Cómo lo has llamado?

—Da igual. Mientras no sepa cómo se llama de verdad lo llamaré Arquímedes. ¡Vamos, pásame ya esa copia a mi móvil!

—Eso está hecho en menos de un minuto. ¡Pero acuérdate de darle mi número!, ¡¿eh?!

—¡Cuenta con ello! ¡Te conseguiré hasta su teléfono!

Finalmente me marché con el tesoro directa hacia casa. Desde allí recurrí nuevamente a mis contactos: esta vez llamé a Max. Sabía que se relacionaba con algunas personalidades importantes, como algunos Inspectores e incluso altos cargos de la Policía. Max no me garantizó nada seguro, pero el camino estaba claro. Había que cruzar el fotograma más nítido y frontal posible del individuo con las imágenes que estuvieran en sus bases de datos, no sólo delictivas sino civiles. Un trabajo cuya resolución quizá llevaría algunos días.



## 4 – Agua (Álex)

*Era una tarde que amenazaba lluvia. Algunos rayos de sol se resistían a ocultarse tras las nubes oscuras, y otras muy blancas coexistían a la vez: era cuestión de poco tiempo que las nubes ganaran la batalla. Pero allí estaba yo con esa mujer y esa niña. Los tres juntos en aquel parque lleno de árboles y naturaleza, sentados en medio de un camino de tierra. Jugando, riendo, cogiéndonos de las manos. Éramos felices, y de repente, todo cambiaba. No sabría decir por qué exactamente, pero la felicidad se transformaba en una amarga discusión entre esa mujer y yo, y la niña echaba a correr llorando.*

Y entonces me desperté agobiado. ¿Por qué había tenido ese sueño? ¿Me estaba queriendo decir algo mi subconsciente? ¿Acaso eran Ayami y Ari?

Tuve ese sueño la madrugada del martes 14 de septiembre. Su explicación estaba aún en el futuro, aunque a pocas horas.

Eran ya las seis y media. Faltaba media hora para que sonara el despertador. Se oía llover suavemente en la ventana. Como no pude volver a dormirme, me puse en marcha. Después de asearme tranquilamente preparé el desayuno para los tres. El implacable despertador torturó a Casiopea y a Hiro mientras yo intentaba consolarlos con el desayuno. No era tarea fácil con ninguno, sobre todo con Hiro.

Cuando acabamos de desayunar, Casiopea se despidió de nosotros: se marchaba al Hospital Clínic. Pocos minutos después Hiro y yo ya estábamos listos también. Aunque había dejado de

llover, cogí los paraguas y emprendimos el camino hacia la Escuela de la Concepción, en la calle Bruc.

Íbamos bien de tiempo y dimos un pequeño rodeo subiendo por la Rambla hasta su cruce con Provença: movimos nuestro corazón un poco más, además de alegrarme la vista al pasar frente a la Casa Milá. Finalmente, llegamos a nuestro destino. Me incliné para despedirme de Hiro y me sorprendió regalándome un fuerte abrazo. Ya llegaría el día que se avergonzara, pensé, pero mientras durara... iba a disfrutarlo.

Hiro se detuvo un momento antes de atravesar la puerta de la escuela. Sonrió y me dijo que le hiciera otra vez “la venganza terrible”. Me entró la risa, pero no me pude negar y por unos segundos fui su monstruo favorito. Miré algo avergonzado alrededor de mí y emprendí mi regreso. Tomé la calle Aragón hasta su cruce con Gracia, por donde ya asoma la Casa Batlló.

Durante el trayecto, mientras empezaban a caer algunas gotas dispersas, me asaltaron las imágenes del sueño. No recordaba los rostros de ninguna de las dos: estaban borrosos. Pero sí recordaba el color de sus cabellos: la mujer era morena y la niña era pelirroja, con un brillo cobrizo intenso. La mujer no tendría más de treinta años. La niña tendría unos diez.

La lluvia apretó: aceleré el paso y abrí mi paraguas. Y entonces ocurrió: vi a la misma joven de la tarde anterior. Estaba frente a mí, pero en la otra acera, en el paso de peatones de Gracia que está próximo a la bajada de su estación de metro y en frente de la Casa Batlló. ¿Iba tras de mí de nuevo? ¿Era ella quién me hizo también sentir observado la semana anterior? ¿Era ella quien llamó la noche anterior al portero automático? Demasiadas casualidades, pensé.

Estaba decidido a hablar con ella cuando el semáforo me diera paso, pero ella me vio y echó a correr. Aunque el semáforo peatonal aún estaba en rojo, hice lo mismo: la perseguí. Quería una respuesta. La merecía... Me quedé sin ella.

Casi me atropellan. Me salvé por poco, aunque el coche implicado se llevó la peor parte: se subió a la acera hacia la que me dirigía y quedó volcado. La calle mojada, un conductor evadido con su música y algo de exceso de velocidad agravaron, sin duda, lo que habría quedado en un frenazo, quizás acompañado de un giro algo brusco, a lo sumo. Aún así, no dudé ni un instante que yo era el principal responsable al cruzar en rojo. Asumí mi error y me dirigí rápidamente al vehículo del que había salido el conductor milagrosamente ileso, al menos en apariencia.

Conservé la calma todo lo que pude. Por eso pude fijarme en su aspecto: parecía español o de algún país Mediterráneo, de unos treinta y pocos, con el cabello muy corto, moreno, con cierta complexión atlética, y alto (poco más de 1'80 metros). Sus ojos marrones como la miel, llamaron mi atención cuando clavó su mirada en mí al dirigirme hacia él:

—¿Se encuentra bien?, ¿necesita asistencia médica? —le dije preocupado.

—Casi nos matamos, ¿y me preguntas cómo me encuentro?

—Lo siento, ha sido un error imperdonable por mi parte, mi seguro se... —y me interrumpió bruscamente en un tono más amenazante:

—¡Gracias por cruzar en rojo sin mirar capullo!

—No me insultes, ya te he pedido perdón —le dije muy seriamente—. Ahora me importa tu salud.

—Mi salud, ¡y una mierda!, ¡te importa tu mala conciencia!  
—dijo cada vez más agresivo.

—¡Como si tú no fueras a más de cincuenta en tu cochazo con la música a reventar y mirando a no sé dónde! —estallé. Mientras, un grupo de mirones no hacía nada más que disfrutar del lamentable espectáculo bajo una lluvia que no se decidía a apretar del todo.

Por suerte, la Guardia Urbana llegó en el instante en que podían complicarse las cosas. Tras la oportuna declaración y toma de datos me marché del lugar bastante apesadumbrado, huyendo de las cámaras de la televisión autonómica, que se había acercado al lugar para dar cobertura de la noticia.

Cogí el metro en Plaza de Cataluña. Un rato después bajé en la parada de Bellvitge. Había dejado de llover. Anduve cabizbajo hasta llegar a mi centro de trabajo. Antes de entrar me detuve para mirar el cielo cubierto con cierta resignación, y más detenidamente aún, el edificio principal del Hospital Universitario. En ese preciso instante, varios recuerdos laborales relativamente recientes se apoderaron de mí.

*Hacia tres meses que me había incorporado al Área de Bioquímica y Biología Molecular... contra todo pronóstico. Había varios candidatos además de mí. Algunos quizá contaban con más referencias profesionales, otros simplemente estaban mejor relacionados con la política del Hospital. Se notaban las tensiones y la hipocresía entre pasillos: todos deseábamos la asignación del nuevo puesto creado. Por eso tomé la vía más directa y arriesgada. Los únicos convencionalismos que adopté fueron recurrir a mi currículum y a mis destacados resultados en otras Áreas. Del resto prescindí: ni fui a la clásica entrevista programada por los psicólogos del Área de Recursos Humanos, ni*

*redacté la consabida carta de remisión para exponer mi candidatura. Las reemplacé por acudir a la fuente directa: me colé en el despacho de Castells, el Director de Recursos Humanos del Hospital, capté su atención y me entrevisté con él.*

*Dicen que la necesidad agudiza el ingenio. Yo deseaba trabajar en esa Área como fuera y, para conseguirla, tenía que encontrar “un enchufe” más grande que “los enchufes” de los demás. Sabía que el cargo de Director de Recursos Humanos lo ocupaba todavía la misma persona que en el pasado me apoyó incondicionalmente... pero también podía haberme “electrocutado laboralmente”. Era todo o nada. Y fue todo. Así es como logré que me concedieran el campo de análisis que más deseaba: el Alzheimer.*

*Con el tiempo fui descubriendo que es el Área de estudio menos valorada de todas las que están actualmente en curso, aunque sólo sea respecto al grado de atención o prioridad de la que gozan las otras a corto plazo. No es nada personal para mi tranquilidad. Que sea el único recurso humano dedicado a mi campo de estudio se limita a la política de gestión interna del hospital. Es decir, en la balanza de los recursos dominan los proyectos cuyas expectativas para alcanzar resultados positivos a corto y medio plazo son más probables y optimistas. Y esto ocurre, sobre todo, con aquellos campos en los que se estudian procesos cuyo aislamiento de otros es más sencillo. En ellos la aplicación de procedimientos es más directa y menos extensiva a otras variables de análisis, que demoran extraordinariamente la obtención de resultados definitivos.*

*Entré al hospital con la mente ida en todo ello y otro recuerdo laboral más reciente me asaltó:*

*—Sé lo que estáis pensando —les dije la semana pasada a cuatro de mis “compañeros” de mi misma área, aunque asignados a otros proyectos—. Que estoy quemado, o peor, que soy un envidioso —Recibí por respuesta silencio y miradas de asombro.*

*»Os aseguro que nada más lejos de la realidad. Me encanta mi trabajo aunque sea complejo por la cantidad de implicaciones, variables, e interacciones a tratar. Aunque tarde más que nadie en conseguir resultados, me alegro por vosotros, y por la gente a la que ayudáis con vuestros logros. Y me encanta mi trabajo, pese a que algunos de mis “compañeros” se creen su propio círculo de influencia: evitándome según qué conversaciones, y buscando el modo de quedar como excelentes profesionales ante el hospital, cuando pierden buena parte del valioso tiempo del que podrían disponer para iniciar nuevos proyectos.*

*Y tomé aire durante un segundo para enfatizar la parte final de mi inesperado discurso.*

*—Pero sobre todo, adoro mi trabajo porque es más que un necesario medio de vida, ya que a través de él puedo ayudar a que la gente viva mejor. Podéis creerme o no. Es algo que dejo a vuestro criterio.*

La semana anterior había sido intensa. Después de todo, sentía que me había equivocado: ahora iba a estar más sólo que nunca.

Pero una frase que mi profesor de Filosofía en Bachillerato nos decía me sacó de aquel trance: "Están todos los que son, pero no son todos los que están". Por sí sola bastó para conseguir que una pequeña sonrisa asomara en mi rostro. Sin embargo, mientras seguía caminando enfrascado en mi mundo, quise terminar con aquella ralladura de cabeza con un ejercicio de autoterapia y sinceridad: sé que uno de mis defectos siempre fue querer caer

bien a todo el mundo. Por eso, tenía que asumir la dura realidad de una vez por todas: en primer lugar, era imposible conseguir que todo el mundo me viera con buenos ojos por muy bueno que uno fuera, pretendiera o creyera serlo; y en segundo lugar y por esa misma razón, preocuparse más de lo justo por los demás era una pérdida absoluta de tiempo y de energía vital. También me acordé de otro de mis defectos: ser demasiado perfeccionista y observador.

Había conseguido reconciliarme conmigo mismo, pero estaba harto de tanta reflexión. No me imaginaba que en menos de cinco minutos aún me esperaba otro conflicto peor.

## 5 – “Némesis” (Álex)

Se me había hecho más tarde que de costumbre para llegar al trabajo por culpa del accidente. Pero, pese a todo, tras ponerme la bata blanca uniformada y mi credencial en la solapa, decidí acercarme a Urgencias para ver si encontraba a Carles, Lluís, Lucio o Sheila. Necesitaba ver rostros amigos. Los conocí hace un año allí mismo, en Urgencias, cuando llevé a Hiro tras romperse el brazo jugando al fútbol en el recreo. Se portaron tan bien con él que quise seguir manteniendo el contacto con ellos. Además, ya hacía algún tiempo que pensaba en pasar la página de aquella idea absurda de “introversión programada” que pervivía en mí desde mi adolescencia. En su origen creía que con ella protegería mejor mi intimidad, sin necesidad de incómodas explicaciones. Pero la enfaticé más todavía durante mi convulsa etapa mediática. Casiopea se esforzó en infundirme que, de vez en cuando, ser un poco extrovertido y agradecido no me haría daño. Así que, una vez que me liberé definitivamente de la presión mediática, me decidí a dar nuevos y diferentes pasos en mi vida. Desde entonces, algunas veces me acercaba a visitarlos a la hora del almuerzo; y otras veces, algunos de ellos lo hacían conmigo. No era fácil que todos coincidiéramos. Esa mañana sólo estaban de turno Carles y Lluís. Iba acercándome hacia ellos con una sonrisa, cuando desde la puerta de entrada una voz conocida llamó mi atención:

—¡No, no quiero que me vean, estoy bien de verdad, ya se lo he dicho! Sólo me duele un poco el cuello, pero ya se me pasará con paracetamol. ¡Seguro! ¡Además, trabajo aquí en Bellvitge! Guardias, muchas gracias, ya pueden marcharse.



Y así fue, se marcharon. Y ahí estaba él de nuevo, tras el reciente accidente de tráfico, acercándose hacia mí. Mi tensión arterial debió escalar algunos puntos en pocos segundos, pero intenté serenarme: permanecí inmóvil y pensativo. Por un lado, me quedé expectante, a la espera de su comportamiento. Por otro lado, maldecía la casualidad: después de varios años trabajando en Bellvitge, acababa de descubrir que aquel individuo también trabajaba allí. No era de extrañar, si tenemos en cuenta que antes no me prodigaba demasiado en conversaciones. Además, en un hospital tan grande, una buena parte de los investigadores nos centramos en nuestra actividad y entorno; y algunos, no mantenemos casi contacto con los facultativos, que se ubican bastante alejados de nuestros laboratorios.

Vi como la situación se volvió más tensa cuando algunos sanitarios enseguida quisieron atenderlo, pero él se negó como un niño enrabiado deseoso de marcharse de allí. Tras retenerlo varias veces, apelando a su sentido común tanto de facultativo como de miembro del hospital, finalmente accedió a que lo reconocieran. Yo seguía a escasos metros toda la escena, todavía inmóvil. Para reconocerlo, un médico lo acompañó a un área de atención urgente que estaba varios metros detrás de mí. Al pasar por mi lado, se detuvo ante mí, me echó una mirada congelada y me dijo:

—Tienes suerte, tenías que haber sido tú el que hubiera entrado por esta puerta de urgencias con los pies por delante. Por lo que veo, trabajas aquí, como yo. ¡Te cagas! ¡Y yo sin saberlo! ¡Total, para lo que harás... investigador!

Por segunda vez esa mañana mis impulsos ganaron la partida a mi serenidad. Le cogí de la camisa por el pecho dispuesto a decirle a la cara lo que pensaba de él, pero enseguida nos movimos entre empujones y “no me toques”, hasta que nos separaron.

Demasiado tarde, pensé al girar la vista hacia mi lado izquierdo: el Sr. Castells, el Director de Recursos Humanos del Hospital, había bajado con la palma de su mano izquierda ensangrentada y nos había visto en plena lucha. Su reacción fue inmediata: se mesuró rápidamente con su mano derecha su cabello corto y castaño, su rostro cuadrado se tornó más rígido al tensar sus mandíbulas, su frente se le arrugó en forma de “v”, levantó su ceja izquierda, nos lanzó una mirada inquisidora con sus ojos verdes y nos dijo:

—Ustedes dos: ni se les ocurra moverse de aquí. Ahora mismo, en cuanto me curen la herida de mi puñetero abrecartas, me van a acompañar inmediatamente a mi despacho. —Su tono autoritario y expeditivo nos hizo permanecer a ambos allí, de pie y en silencio, sin dirigirnos la mirada durante los escasos minutos que tardaron en atenderle. Luego pasó por nuestro lado con la mano izquierda vendada y sólo nos dijo sin mirarnos:

—¡Sígueme! —Y aceleró su paso.

Y así hicimos, tras su potente y compacta silueta de 1'75 metros de altura esculpida a golpe de gimnasio, le perseguimos por varios pasillos hasta que entramos en un ascensor de servicio. El silencio congelado de su interior era toda una agonía para mí. El ascensor se detuvo por fin y, tras recorrer varios pasillos, llegamos a su despacho. Yo seguía pensativo maldiciendo mi suerte: dos de dos en una misma mañana... y aún no había acabado todo. Castells tomó asiento cual rey ostentoso lo hace en su trono, mientras nosotros permanecíamos de pie frente a él: firmes. Tras aquella recia mesa de color caoba nos habló con exigencia:

—¿Qué hacen todavía de pie? ¡Siéntense! ¡Quiero saber por qué ha ocurrido!

Un cruce de miradas entre nosotros dos y un silencio absoluto bastó para provocar la rápida iniciativa de Castells.

—Ya me lo contarán cuando ustedes sean capaces de averiguarlo en común.

—¿Qué significa en común? —replicó mi nueva “Némesis”.

—Exactamente eso: van a coexistir el resto de la semana. Proseguirán con sus actividades hasta el viernes a las siete de la tarde, pero cada uno estará en su área en compañía del otro.

El asombro, el rechazo y la resignación tuvieron que reflejarse sucesivamente en mi rostro. Y el de mi rival no era muy diferente. Mientras, el monólogo de Castells proseguía.

—Dedicarán la mitad de sus jornadas a la cooperación mutua en cada especialidad, de modo que van a tener tiempo de conocerse. Aunque no mucho, si tienen en cuenta que no sólo deben encontrar la respuesta a mi pregunta, sino también realizar una memoria completa de sus actividades e investigaciones conjuntas—.

—Sr. Castells —Conseguí que mi voz no temblara con algo de esfuerzo—, soy... —Me interrumpió con el gesto del alto de un guardia de tráfico en su mano.

—Recuerdo perfectamente quién es usted y cuál es su nombre Sr. Vega. Y el suyo también Sr. Arquímedes Griego de Simancas. Sólo hace poco más de un año que está con nosotros y tengo muy buena memoria. Es una maldición, pero la tengo. Además, con ese nombre... a ver quién lo olvida. Espero haberme explicado bien, porque sus puestos de trabajo dependen de ello. Pueden marcharse y empezar. Buenos días.